



### CAPÍTULO XIII.

*De cómo llegó Hernando Cortés á Mexico,  
y del recebimiento que le hizo  
Monteçuma.*

**D**ETERMINACION DE CORTÉS PARA ENTRAR EN MEXICO.—Abiendo llegado Hernando Cortés con su jente á dos lehuas de Mexico, cansados, aunque no mal servidos de bastimentos (porque los tenian muy sobrados, á causa de que todos los pueblos por donde yban los españoles los recebían de paz, y áun les daban jente que fuesen con ellos, rebelándose contra los mexicanos, que tenia muncha cantidad de yndios amigos, consigo), envió mensajeros á saber lo que abia en Mexico, y estos fueron secretos, aunquél tenia por momentos avisos de todo. Quieren

dezir fueron dos soldados españoles, de noche, con los yndios, vestidos como ellos, á lo ménos desnudos, que era del modo que andaban los yndios, y que se embijaron, ques teñirse, porque no los diferenciáran en el blanco de las carnes, y así fueron y vieron la disposicion del lugar, aunque no entraron dentro, y luego volvieron y dieron razon de lo que abian visto. Yo creo, y tengo para mí, que los españoles que fueron debian ser los que hallaron con la yndia Marina, que fueron Márcos de Aguilar y su compañero, porquestos yrian más encubiertos, y estaban hechos á lo que los yndios, á andar desnudos, y tenian el color ya curtido y de la de los yndios, como abia tantos años que andaban con ellos. Y venidos determinó Cortés dentrar en Mexico, y púsolo por obra, y así lo hizo.

MONTEÇUMA AMIGO DE CONSEJO.—NOTABLE CASO DE MONTEÇUMA.—Monteçuma, que no dormía, sino que sabia todos los pasos que los españoles daban, supo cómo Cortés se llegaba ya á Mexico y á él el tiempo de que abia de ser despojado de su reyno y señorío; de lo qual estaba muy çierto, por los ahueros y pronósticos que abia tenido, y palabra del demonio, como atrás se a dicho. Hizo llamar á consejo á todos los señores y prinçipales que en la çiudad estaban, y á mercaderes ricos y hombres viejos. Tenia este señor una cosa, con estremo, que era muy amigo de consejo, y de viejos prinçipalmente, que dezía, que más podia saber, en espeçial de guerras, el que abia visto munchas y era viejo, que no el que agora venia al mundo, sin espiencia. Cuen-

tan yndios viejos, que un día se le ofreció hazer junta de consejo, y que en él abia uno que hablaba mucho, y en todo daba su parecer, de suerte que no dejaba vez á los otros, y visto esto, Monteçuma le dijo:—Si tú como hablas eres valiente, con çinquenta como tú no habré yo menester más para conquistar toda la tierra; y ganaria mucho, porque no seria nada la costa, y haria mis guerras con más facilidad.—Y él le respondió:—¿No está en más que eso, señor? Serlo tú de todo el mundo yhual al sol.—Visto esta braveza, Monteçuma mandóle, que pues era tan valiente y tan entendido, que por su órden y traça fuesen çierta cantidad de jente, y él el primero que pelease, contra unos enemigos que se le venian açercando, para cuyo fin abia hecho aquella junta; que le abian venido á dezir que los de Mechucan, sus enemigos, venian arruynándole çiertas provincias, y que enviase jente á las huarniçiones. Mandó, pues, yr á éste por capitan, que se llamaba Ajayacatzin, y él lo açetó, muy contra su voluntad, y salió con su jente, y llegó a Acambaro, donde halló los tarascos, que son los de Mechucan, y queriéndoles hazer guerra, no supo cómo, ni áun tuvo ánimo para ello, sino mostró grandísima cobardía, y huyó.

SENTENÇIA GRAÇIOSA DEL REY MONTEÇUMA Á UN CAPITAN COBARDE.—Sabido esto, Monteçuma mandóle venir, y envió otro capitan en su lugar, el qual venció los tarascos; y venido ante él el Ajayacatzin, le mandó vestir una camisa de yndia que llaman *hueypili*, y ponelle una cabeça de liebre desollada con sus orejas, en la suya, y unos

pies de venado en los suyos, y desta suerte le hizo sacar á la verhuença un día de *tianguetz*, que es el que hazen mercado, y ponello en medio, y un pregon que dezia:—Esta liebre enviaron al gran señor, que la tomaron tal día en el recuento que tuvieron los mexicanos y tarascos en Acambaro; mándala poner aquí para que todos la vean.—Y despues desto le mandó cortar los miembros de jeneraçion, porque no ubiese casta de un hombre tan cobarde y hablador. De allí adelante jamás llamaba á consejo hombre de quien no se supiese era muy valiente y se abia hallado personalmente y peleado en guerras; y así açertaba, y vençia, como vençió á tantos señores, y trujo á su obediencia tantas provincias.

Despues de hecho junta, como emos dicho, pidió que qué se abia de hazer, porque ya los españoles estaban en Mexico. Fué de todos acordado, que con todos los señores saliesen á reçeibir á los cristianos de paz y les llevasen presentes de oro y piedras ricas, y los trujese á su casa, y allí los ospedase y diese lo que ubiesen menester; y así se hizo.

REÇEBIMIENTO DEL REY MONTEÇUMA Á LOS ESPAÑOLES.—PRESENTE Á LOS ESPAÑOLES.—Llegados que fueron los españoles á la çudad de Mexico, Monteçuma les salió á reçeibir, con algunos señores, ó con todos los que con él estaban y los que abian venido de los pueblos comarcanos, que el uno era el señor de Tezcuco, que se llamaba Cacamatzin, y el señor de Tacuba, y el gobernador de Tlatelulco y muchos prinçipales, que ellos llaman *piles*,

que son caballeros. Llegado que fué el capitán Hernando Cortés y su jente á la açequia, dondes el matadero del ganado, que llaman á aquello *xoluco*, el Montezuma partió de su casa con los que emos dicho, y vinieron á juntarse á la otra açequia, del hospital de Nuestra Señora que os oy, y allí los reçebió, segun su modo y costumbre; que fué llevando muchas flores en *jícaras*, que son unos vasos como porçelanas, grandes y chicas, muy pintadas, y hechas guirnaldas largas para el cuello y collares, y otras para las manos, aquellos llaman *suchiles*, que son como ramilletes, hechos de riquísimas flores, muy olorosas, y entre estas llevaban collares de oro, y cadenas de mucho peso, y piedras muy ricas, lo qual todo llevaban los principales. Luego las tomó Montezuma, y empezó por el capitán; y luego se retrujo afuera y el señor de Tezcuco prosiguió con todos los demás, á echalles aquellos collares y dalles presentes, y fueron á los questaban más çerca del capitán; y luego se retrujo, y los otros principales fueron dando á los demás. Hizo su umillaçion el rey Montezuma al capitán Hernando Cortés, á su modo, que se sentase de cluquillas, y el capitán se apeó del caballo, y los demás se apearon, y hincó una rodilla en el suelo haziéndole reverençia. Salió el rey Montezuma de su casa en unas andas, que valian muchísima riqueza, de oro y piedras y plumería, en hombros de *piles*, que son caballeros, y dellas se apeó para reçebir á los españoles; y juntos, como se vieron, Hernando Cortés y el rey, preguntó el capitán si era él Montezuma, y res-

pondióle, con rostro muy grave, que le tenia y muy severo, que sí, y levantóse y dijo estas palabras, segun las cuentan yndios viejos, á quien yo las oy, y á algunos conquistadores, espeçialmente á mi suegro Alonso de Villanueva Tordesillas, que era secretario de la gobernacion del marqués del Valle, quando lo fué; á quien se podia dar mucho crédito, por ser como era tan principal y onrrado y muy hijodalgo, natural de Villanueva de la Serena:

RAZONAMIENTO DE MONTEZUMA A CORTÉS. — Señor mio, seais muy bien venido: abeis llegado á vuestra tierra y pueblo, Mexico, y á vuestra casa, que la mia, que os ofrezco para vuestro serviçio: abeis venido para sentaros en vuestro trono y señorío, el qual yo en vuestro nombre e poseydo. Otros señores que le tuvieron, á quien yo suçedí, ya son muertos (y allí le dijo los nombres dellos), y yo soy el postrero, que e venido á tener cargo y rejir esta vuestra tierra y pueblo de Mexico y á vuestros vasallos. Los difuntos no gozan ni están presentes á esta vuestra venida, ni saben lo que pasa, ¡pluguiera á aquél por quien vivimos que no me suçediera á mí esto, sino á uno dellos, y se hallara en esta ocasion, para que mejor os sirviera! mas lo que en mí fuere lo haré: ellos están ausentes, señor, y yo os veo con mis ojos, y dispierto, que no duermo, ni es sueño el mio, que bien veo vuestra cara y cuerpo y jente que con vos viene. ¿De dónde abeis, señor, venido? ¿De entre las nubes? Ellas os trujeron, y las nieblas, lugar á todos escondido. Esto es lo que nos dejaron

dicho los reyes que pasaron, que abiades de volver á reynar  
 en estos reynos y os abiades de sentar en vuestra silla y  
 trono, y agora veo ques verdad lo que nos dejaron dicho.  
 Seais muy bien. ....  
 .....  
 ..... (22)



CAPÍTULO XIV,

que trata de algunas cosas que pasaron en el dar ubi-  
 diencia los yndios, al rey de Castilla.

(23) .....  
 .....  
 .....  
 reyno y señorío, y traspasarle á otro, mayormente siendo así  
 la voluntad de sus vasallos, como por la obra mostraron, y  
 quel tal contrato sea lícito y valedero, y el derecho de los  
 reyes de Castilla, adquirido por esta manera, estable y firme,  
 sin que á los yndios les quede libertad para aprovecharse  
 della; pareciéndoles revocar, conforme á las reglas del dere-  
 cho de *Regulis Juris*: lo que una vez agrada no se puede